

Lo nuevo de las empresas EdeC

por Alberto Ferrucci

Los empresarios que han adherido a la Economía de Comunidad se han dado cuenta muy pronto de que el aspecto que parecía más importante, es decir, la decisión de compartir las utilidades para los fines del Proyecto, era sólo el primer paso, la punta del iceberg de un modo completamente nuevo de vivir la economía de acuerdo a una norma simplísima: *amar a todos*.

Se trataba, por lo tanto, de replantear bajo esa luz todas las relaciones en la empresa –con los trabajadores, los proveedores, los clientes, los competidores, las instituciones públicas, la sociedad civil y la humanidad entera- en una verdadera “vocación laica”: un llamado a poner en juego talentos y recursos financieros para hacer experiencia en el propio pellejo de una nueva economía en función del bien común, que no es sólo el bien de los otros sino también el propio.

A cinco años del lanzamiento del proyecto, los que habían aceptado ese desafío se encontraban en un congreso internacional para intercambiar experiencias y reflexiones, y surgía entonces allí la exigencia de delinear juntos las características principales de este nuevo tipo de empresa.

Nacían así las “Líneas para conducir una empresa de Economía de Comunidad” que se transcriben en el Noticiero N° 6 de 1997. Líneas que transcribimos aquí para todos aquellos que no han tenido oportunidad de conocerlas todavía. Líneas que en estos años han sido también incorporadas a los estatutos societarios de las empresas cuyos socios decidían de esa manera certificar su opción en este campo.

Las mismas conjugan el *amar a todos* bajo los distintos aspectos del accionar de la empresa y de la organización del trabajo, en la relación con los clientes, proveedores y competidores, en el definir la ética de comportamiento ante la administración pública, en el cultivar la armonía de relaciones en la comunidad empresarial, la salud de los trabajadores, la salubridad del ambiente de trabajo, el desarrollo profesional de cada uno y la comunicación empresarial.

Con respecto a los objetivos económicos y de la organización productiva, la Líneas aclaran enseguida que el fin empresarial no se limita a la obtención de ganancia monetaria, sino también al crecimiento de los puestos de trabajo productivos, poniendo en el centro a la persona humana y no al capital. Definen además la novedad de que las ganancias serán “destinadas con igual atención al crecimiento de la empresa, a personas que padecen dificultades económicas –comenzando por quien comparte la opción de la”cultura del dar”- y para la difusión de esta misma cultura”.

Una destinación precisa, y al mismo tiempo plenamente libre, porque ¿quién mejor que el empresario puede decidir ante la propia conciencia lo que, en su caso, significa prestar “igual atención” al crecimiento de la empresa, a las necesidades de los pobres y a la difusión de la cultura del *amar a todos*?



Las Líneas afrontan luego el “cómo producir” y el “cómo relacionarse” con los interlocutores de la empresa, comenzando por los que usarán de los productos o servicios que ella provee: la experiencia de toda empresa de EdeC dice que, cuando a los trabajadores se les hace tomar conciencia del proyecto al cual adhiere su empresa, redoblan su empeño para que los destinatarios de su trabajo puedan consumir alimentos sanos, tengan ropa digna y resistente para vestir, dispongan de programas de computación fáciles de usar y verdaderamente útiles, o se les provean servicios con la atención con que se los brindarían a un amigo o a un pariente.

Se pone también de relieve, por consiguiente, que también en las empresas competidoras actúan personas, que deben ser igualmente amadas: se perfila una economía que ya no es vista como una lucha para prevalecer, sino como un común *empeño por crecer juntos*. Un vuelco radical en el cual los competidores ya no son más enemigos, sino personas que tienen también ellas el derecho de desenvolverse con éxito. Considerando de esta manera a la competencia –si bien evitando acuerdos entre los productores a costas de los clientes, que de esta manera ciertamente no serían amados- se pueden descubrir complementariedades capaces de reducir los costos de producción por ambas partes, y a veces se llega a comprender que en alguna ocasión conviene hacerse a un lado.

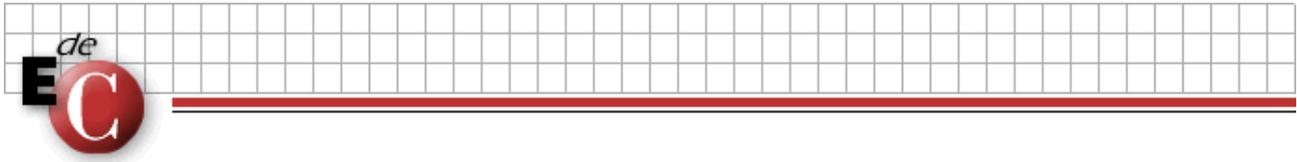
Un proceder que la mentalidad común podría considerar irracional, pero que muchos ejemplos de empresas EdeC muestran que tienen una racionalidad mayor aún. Incluso los últimos adelantos de la teoría económica sobre las distintas motivaciones de las opciones y sobre el *capital social* empresarial se orientan en esa dirección.

En la medida en que una empresa se muestra verdaderamente desinteresada y atenta al cliente o al competidor, tanto más crece en estos una propensión positiva hacia ella, con recursos y potencialidades de desarrollo incluso sorprendentes y hasta ahora inexplorados. Es el caso del Consorcio Tassano, que poniendo en práctica ese desinterés sin cálculos se ha desarrollado en pocos años, de una decena de cooperativas, a una realidad que hoy da trabajo a más de mil personas.

Los creyentes ven en esto la intervención de la Providencia y el verificarse de la promesa del céntuplo para quien se comporta de manera evangélica, pero muchas veces el milagro consiste en haber logrado amar a las personas y suscitar en ellas la reciprocidad del amor, previendo siempre que, en el respeto de la libertad de cada uno, aquella puede también no llegar.

Por otra parte, con respecto a la ética, al “modo de trabajar” en EdeC, se experimenta su gran importancia. Muchos trabajadores, sobre todo jóvenes, prefieren renunciar a sueldos más altos con tal de trabajar en empresas en las que se sienten más realizados o en las cuales saben que son respetados y que trabajan con fines sociales.

Se afronta también el aspecto de proceder en la plena legalidad. En naciones en las cuales para obtener licitaciones es práctica corriente la corrupción, estas reglas suenan a utopía. Sin embargo, experiencias de trabajo en ámbitos semejantes confirman que es posible proceder también de manera correcta. Se trata de aceptar caminos más arduos, precisamente porque resultan insólitos en naciones donde la práctica de entradas “oficiosas” está casi institucionalizada, debido a niveles de salario insuficientes para garantizar a los funcionarios una vida decente. Hay que reconocer que



cualquier funcionario se siente con derecho a crear obstáculos, aunque más no sea para demostrar que no ha concedido favores. Pero también hay aspectos positivos: nace una gran consideración con respecto a la empresa y surgen relaciones duraderas precisamente con quien al principio había puesto obstáculos.

Las líneas subrayan, luego, que se debe “transformar la empresa en una verdadera comunidad”, en la cual todos se sientan realizados: todos –desde el empresario al trabajador más modesto- en el fondo desean poder concluir la jornada laboral sabiendo que no han malgastado un día de su vida, lo cual es posible sobre todo si se ha trabajado entre personas igualmente satisfechas de su trabajo.

Esto implica interés por el bienestar físico como moral de los trabajadores, al cual contribuyen el cuidado del ambiente de trabajo y la comunicación entre personas, como también la certeza de producir bienes positivos para quien los han de consumir o utilizar.

La comunicación empresarial es importante con respecto a los socios y a los trabajadores, que tienen que ser siempre informados de los eventos empresariales, pero también con personas que manifiestan interés por la empresa aunque no respondan a ese calificativo, porque aprecian su valor social. La empresa EdeC, en efecto, creando puestos de trabajo y destinando las utilidades a fines sociales, se convierte de alguna manera en un “bien público”.

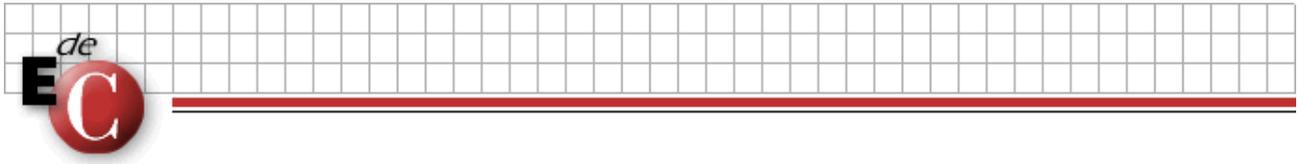
¿Son líneas para una economía utópica? A once años de supuesta en marcha hay casi ochocientas empresas participando del proyecto, logrando no sólo sobrevivir, sino también compartir sus utilidades con más de doce mil familias sobre todo en Africa, América Latina, Asia, Medio Oriente y en el Este Europeo.

En los últimos años también las multinacionales hablan de *responsabilidad social de la empresa* y gastan sumas considerables para hacer saber que se proponen actuar por un desarrollo sostenible, en particular después del 11 de septiembre de 2001.

¿Hay que creer en una conversión de esas empresas a una manera distinta de hacer economía? No ha contribuido a su credibilidad el hecho de que algunos de sus ejecutivos más prestigiosos han mostrado ser personas ávidas, capaces de quemar el dinero de los ahorristas y también de dejar sin trabajo y sin jubilación a sus mismos colaboradores.

Sin embargo en estas grandes empresas actúan sin duda muchas personas con sentido común y buena voluntad, a menudo prisioneras de procedimientos que se desentienden del bien común, elaborados por ellos mismos.

Es razonable creer que se vuelva insoslayable tener comportamientos más éticos, pero no por súbitas iluminaciones, sino porque se dan cuenta, al ver derrumbarse el mercado de todo un país por una simple acción irrespetuosa de la cultura local, que el futuro comercial mundial no dependerá de ejércitos o misiles, sino de una generalizada simpatía y consenso.



De esto, a pensar que sea realizable un estilo de gestión socialmente sostenible, en la actual anarquía financiera internacional, hay mucho trecho. Un camino que sin embargo saben que tarde o temprano deberán recorrer en alguna medida, porque tienen necesidad del oxígeno provisto por los consumidores y por los ahorristas de todo el mundo que eligen sus productos y sus acciones.

Si creciera esta conciencia de la fuerza de los consumidores y ahorristas, aquellas empresas, que son flexibles por naturaleza, se adecuarían rápidamente; pero es necesario presentar modelos económicos alternativos que permitan rever los paradigmas en base a los cuales hoy gira todo.

Más allá de la ayuda concreta que pueden dar a un número limitado de pobres, la posibilidad de ofrecer un modelo alternativo que no reduzca, sino que acreciente el bienestar, la felicidad del hombre y de todos los hombres es la verdadera *utilidad* a la que tienden los que llevan adelante empresas de Economía de Comunión.